



HISTORIA GENERAL
DE FRANCIA

POR

D. VICENTE ORTIZ DE LA PUEBLA.

Entregas 118 y 119.

BARCELONA:

IMPRENTA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

CALLE DE ROBADOR NÚM. 24 Y 26.

1873.

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO

DE FRANKLIN

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO

Chicago 18 190

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO

enemigo. El duque de Enghien, á cuyo ejército pertenecian aquellas tropas, corrió á rehacerlas, sostúvolas algun tiempo á fuerza de bravura, pero perdió la mayor parte de su

mente puso fin la entrada de la noche, dejando á los alemanes dueños de sus posiciones y á los franceses acampados en donde se habian instalado.

100
101
102
103
104
105
106
107
108
109
110
111
112
113
114
115
116
117
118
119
120
121
122
123
124
125
126
127
128
129
130
131
132
133
134
135
136
137
138
139
140
141
142
143
144
145
146
147
148
149
150
151
152
153
154
155
156
157
158
159
160
161
162
163
164
165
166
167
168
169
170
171
172
173
174
175
176
177
178
179
180
181
182
183
184
185
186
187
188
189
190
191
192
193
194
195
196
197
198
199
200



SUPPLICIO DE MONTMORENCY (OCTUBRE DE 1632).

gente y se vió obligado á retirarse. Reunido en seguida con el mariscal de Turena quiso tentar un nuevo ataque que no tuvo mas éxito que otra inmensa mortandad, á la cual sola-

«Tal habia sido en la sencillez de sus resultados positivos la batalla de Friburgo..... Duró sesenta horas divididas por un dia de descanso sobre las armas. No ganaron en ella

dejaba sentir en casi todas las naciones del continente. Pero en 1603 habia caído en manos de un hombre que no tenia la menor disposicion para llevar el timon de la nave de su Estado. Jacobo I de los Estuardos, ó maese Jacobo como le apellidaba Enrique IV de Francia, era un rey pedante que no sabia obrar por mas que le gustase discutir y escribir mucho.

La dinastía de los Tudor habia fundado de hecho el poder absoluto de Inglaterra; el primero de los Estuardos, que era incapaz de ejercerlo, pretendió fundarlo en el derecho sin mas apoyo que su pedantesca erudicion, si así puede llamarse la amalgama de leyes y conocimientos literarios que poseia Jacobo I. En su libro intitulado la *Verdadera ley de las monarquías*, declaraba que el rey manda y el vasallo obedece; que los reyes reinan en virtud de derecho divino; que el Omnipotente, del cual son imagen en la tierra, los ha puesto por encima de la ley, y que por consiguiente un monarca puede hacer estatutos y castigar sin la intervencion de un parlamento, y que no se halla sujeto á la estricta observancia de las leyes del Estado. Lo que aquel monarca escribia, pretendió el clero anglicano erigirlo en dogma, y en sus cánones del año 1606 recomendaba espresamente la obediencia absoluta al monarca.

Problemas hay que cuando se los plantea, provocan soluciones contrarias á las que deducen los que los han planteado. Discutir si el absolutismo debe ó no debe ejercerse es abrir los ojos al pueblo que no alcanza á comprender en que principios sólidos se funda: el absolutismo solo puede practicarse en razon del hecho no del derecho. Mientras el primero de los Estuardos escribia en su libro la obediencia ciega que debian tenerle sus vasallos, el pueblo se acostumbraba á la discusion de la libertad, y bien pronto pretendió alcanzarla aun á trueque de pasar por una revolucion que nadie podia augurar pacífica, sino terrible y espantosa. Murió aquel rey y los ánimos de sus vasallos se hallaban poseidos de la mayor sobrecitacion en virtud de las predicacio-

nes que en pro de la libertad y contra la tiranía se habian hecho.

Subió Cárlos I al trono de Inglaterra en el año 1625, y su advenimiento calmó la efervescencia, porque todos esperaban mucho del nuevo monarca en quien todos veian al soberano de costumbres graves y puras, aplicado, instruido, y que hacia observar en su casa las virtudes, la economía y la decencia. Pero pronto se desvaneció la alegría general que el nuevo monarca produjera, puesto que se le vió confiar inmediatamente el gobierno al duque de Buckingham, á quien ya conoce el lector, y permitir que los católicos rodeasen ostensiblemente á la nueva reina, la hermana de Luis XIII, cuyo matrimonio habia gestionado Richelieu para contrarrestar á España en sus proyectos sobre Inglaterra.

Así rodeado y dispuesto, Cárlos I disenta también de la opinion general de sus vasallos sobre la cuestion de los principios fundamentales del derecho politico. Su padre le habia imbuido las ideas del absolutismo, y Cárlos creia que amando á sus súbditos y queriendo asegurar su felicidad habia de encerrar bajo llave las libertades de su pueblo. Por otra parte veia á todos los países de Europa con reyes que habian aniquilado las leyes municipales y vencido á la nobleza, erigiéndose en señores absolutos, y creia que él tambien habia de ejercer el poder real libre de toda contradiccion y traba. Olvidaba lo que habia causado sino la pérdida cuando menos la mengua de las libertades públicas de Inglaterra; la fatiga de los treinta años de guerra durante la lucha de las dos Rosas; luego la cuestion de reforma, que por espacio de otros treinta años habia preocupado los ánimos, y por último la guerra con Felipe II en la cual se tratara de la existencia misma de la nacion inglesa.

Al verse los ingleses amenazados de tantos peligros podian dejar pasar que sus reyes se revistieran de la autoridad absoluta; pero cuando España agonizaba en medio de una constante decadencia, cuando Francia se hallaba estenuada por sus esfuerzos en la titánica lucha contra la casa de Austria, y cuando la

cuestion religiosa estaba completamente resuelta, Inglaterra no podia acomodarse á vivir bajo el despotismo, sino que pretendia volver á entrar en sus antiguas vias y recobrar los antiguos usos de su gobierno representativo, suspendidos por breve tiempo en virtud de las circunstancias que la amagaban.

El amor á las libertades políticas iba aumentando pues en los ingleses á medida que la inminencia de los peligros se desvanecía, y mayormente aumentaba en el seno de la burguesía, que enriquecida en tiempo de Isabel y de Jacobo I con el comercio y la indus-

hecho la suya y esa reforma popular, democrática, radical, comenzaba á nacer: era la de los puritanos. Enrique VIII y la reina Isabel habian constituido una Iglesia oficial, muy ricamente dotada, y mas dócil para con el poder que lo fuera siempre la Iglesia católica. Pero aquel clero que vivia en la espléndida predicando la obediencia absoluta al monarca, y declarándose á si mismo de institucion divina, no satisfacía á aquellos á quienes se habia puesto la Biblia en las manos y no querian de ella leer mas que la abnegacion y pobreza de los primitivos levitas, que las imprecacio-



EL MARISCAL DE CREQUY.

tria, habia aprovechado las prodigalidades del rey y sus cortesanos para hacerse la acreedora de la nobleza y hasta de la corona. Comprendia la importancia que iba adquiriendo en el Estado; pues formaba la mayoría de la Cámara de los Comunes; ejercia todas las profesiones liberales, y era dueña de los capitales. Ninguna sorpresa debe causar, pues, que pretendiera tomar una parte en el poder y sancionar ó reprender los actos de un gobierno mal dirigido.

«Otra fuerza, dice Duruy, impelia la nacion inglesa por estas vias: el rey y los grandes habian hecho, es verdad, su reforma religiosa en el siglo décimosexto, reforma enteramente aristocrática; pero el pueblo no habia

nes de los profetas contra los tiranos, que la reprobacion contra los hábitos idólatras de la Iglesia fundada contra su jerarquía, su culto, su liturgia y sus fórmulas consagradas. Los que reclaman libertades políticas y los que piden libertades religiosas se encontrarán bien pronto, y juntos formarán una revolucion de la que en seguida se disputarán los resultados.»

Cárlos, empero, pretendió gobernar con mano fuerte siguiendo los principios en que habia sido educado: pidió á su Parlamento que no fuese mas que un instrumento dócil en manos de la monarquía; pero luego viendo que no se le sometia como deseaba, pretendió gobernar prescindiendo de aquella corporacion, y así

permanecieron las cosas por espacio de once años, durante los cuales las guerras del continente no pudieron contar con ninguna participacion de Inglaterra, á pesar de ser ella la que mas empeño debiera haber tenido en la defensa del protestantismo y el abatimiento del catolicismo simbolizado en las dos ramas de la dinastía austríaca. Richelieu no habia mostrado escrúpulos en sembrar dificultades á Inglaterra y tomar la representacion que aquella habia de ejercer en dicha lucha.

Aquel gobierno sin el Parlamento ponía en graves apuros el fisco, por lo que Carlos para salir de ellos mandó á sus ministros que señalaran los impuestos posibles. Land y Strafford los establecieron de una manera ilegal y encerraron sin forma de proceso á sus adversarios. El arzobispo Land sobre todo perseguía á los disidentes con increíble barbarie. Eos impuestos y otras medidas rigurosas habian de exasperar forzosamente los ánimos: el doctor Leighton fué condenado, por haber escrito un folleto, á la pena de la picota, ser azotado y á la mutilacion de las orejas: en seguida el verdugo le partió la nariz y con un hierro candente le imprimió una marca en el rostro. Iguales penas se impusieron al abogado Prynne, quien desde la picota decia á los concurrentes:

«Cristianos, si hubiésemos hecho caso de la libertad, no estaríamos ahora aquí; por la libertad de todos vosotros, hemos comprometido nosotros la nuestra: conservadla, os lo ruego; sostenedla con firmeza, sed fieles á la causa de Dios y del país; de lo contrario sucumbireis vosotros y vuestros hijos en eterna esclavitud.»

Tanto rigor habian de desplegar el rey y sus ministros para gobernar sobre un pueblo descontento, no queriéndose apear de la tiranía que habian tomado por norma, que las persecuciones hicieron salir de Inglaterra muchos miles de hombres, que huyeron (1627) á fundar allende el Atlántico una colonia junto á la bahía de Masachusets; y tres años despues otros de aquellos puritanos fueron á colonizar tambien el New-Hampshire y el Maine. El

gobierno se alarmó al ver tal emigracion de descontentos ó de perseguidos, y una orden del consejo supremo prohibió á los disidentes que emigrasen. En aquel momento ocho navios estaban á punto de darse á la vela en el Támesis. Cromwell se hallaba en uno de ellos próximo á partir; pero obedeció la orden dejando á otros que siguiesen su camino en busca de tierra mas hospitalaria. Aquí empieza el desenlace de la revolucion de Inglaterra, la cual dejaremos narrar al eminente historiador inglés David Hume, quien á mas de recomendarse por sus elevadas dotes literarias, se distingue por la exactitud de los hechos y lo acertado de sus consideraciones políticas y sociales.

5.—«Poco duró el dominio del Parlamento (1); apenas hubo triunfado de su soberano, alzaronse contra él sus mismos servidores y le derrumbaron de un trono tan resbaladizo. Una vez violados los sagrados límites de las leyes, nada era suficiente á contener los desordenados progresos del celo y de la ambicion y cada nueva revolucion fué un ejemplo para la sucesiva.

«Á medida que pareció menos terrible la autoridad real, estallaron cada dia las divisiones entre los independientes y los presbiterianos, y los que querian conservarse neutrales viéronse por fin obligados á buscar un asilo en una ú otra de ambas facciones. Dióse la orden de que se procediese á algunas elecciones con objeto de que fuesen reemplazados los miembros que habian muerto ó los que por su adhesion al partido realista habian sido declarados incapaces de ejercer sus funciones: los presbiterianos sin embargo conservaron todavía la superioridad del número en la Cámara de los Comunes y todos los pares á escepcion de lord Sag pasaban por ser de este partido. En el ejército predominaban los independientes, á los que se habian adherido los sectarios inferiores y las tropas de la nueva planta que estaban generalmente inficionadas del mismo

(1) Al cual se habia sometido otra vez el rey despues de grandes trastornos, y sin que así pudiera evitar las grandes humillaciones y catástrofes que sufrió.

entusiasmo. El partido independiente y la Cámara de los Comunes contaba especialmente con su apoyo en el proyecto de adquirir una superioridad absoluta sobre sus adversarios.

«No bien se hubieron retirado los escoceses cuando viéndolo todo los presbiterianos reducido á la obediencia trataron de licenciar una gran parte de las tropas, queriendo, bajo el especioso pretexto de disminuir las cargas públicas, dar un golpe mortal á la facción contraria. Proponíanse embarcar un considerable destacamento para la Irlanda, á las órdenes de Skyspon y Massey, verificando una gran reducción en la parte restante (1). Sospéchase además que habian concebido el proyecto de sujetar al ejército á una nueva planta con el fin de recobrar la superioridad que imprudentemente perdieron por la primera.

«Poca inclinacion tenian las tropas al servicio de Irlanda, país bárbaro, inculto, asolado por la mortandad y por todos los honores que acompañan á las conmociones civiles: todavía deseaban menos dispersarse y tener que renunciar á un estipendio que á costa de tantas fatigas y peligros habian ganado y del que se proponian disfrutar en el seno de un dulce reposo. La mayor parte de los oficiales, siendo tambien de la mas ínfima clase del pueblo, no tenian otra perspectiva al ser privados de sus empleos que volver á sepultarse en sus primeras oscuridades é indignias.

«Hiciéronse mas peligrosos para el Parlamento estos motivos de interés personal á causa del espíritu religioso de que estaba animado el cuerpo de la milicia. Los sentimientos de la vergüenza, del deber, del honor tienen sobre la generalidad de los hombres que han recibido la educacion comun de las sociedades civiles y regulares, una considerable influencia que sirve para contrapesar y aun para dirigir los motivos que se derivan del propio interés; pero por un efecto del fanatismo que á la sazón dominaba al ejército inglés, estos saludables principios se iban desacreditando y se los consideraba como invenciones puramente huma-

(1) No querian conservar para el servicio sino catorce mil hombres: seis mil caballos, seis mil peones y dos mil dragones.

nas, ó como instituciones morales que convenian mas bien á paganos que á almas cristianas. EL SANTO de las tropas parlamentarias, guiado por una autoridad superior, tenia la plena libertad de satisfacer sus inclinaciones disfrazadas con la máscara del celo y de un piadoso fervor; y sin contar con las estrañas corrupciones que de este espíritu debian nacer, eludía y relajaba todos los vínculos del orden moral, dando un curso sin límites y hasta el sello de la santidad al amor propio y á la ambicion, pasiones ambas tan naturales en el hombre.

«Confirmábanse además en su desobediencia á los superiores los *confesores* militares por esa especie de orgullo espiritual que es tan ordinario en la devocion mal entendida. «No eran ellos, decian, unos meros genizaros, unos mercenarios alistados por el dinero de manera que estuviesen á la disposicion del que los pagaba. La religion y la libertad eran el motivo porque tenian las armas en la mano; y ellos debian velar para que se conservasen á las generaciones futuras estas dos preeminencias que habian comprado al precio de su sangre.» Con el mismo derecho con que los presbiterianos tomaron los nombres de *santos* ó bien *intencionados* para distinguirse de los realistas, honráronse magníficamente con los mismos nombres los independientes para contradistinguirse de los presbiterianos, arrogándose todo el ascendiente que esta denominacion enfática parecia llevar en sí misma.

«Oyendo hablar de partidos en la Cámara de los Comunes, y no pudiendo ignorar que el número de sus amigos era el menor, las tropas se interesaron naturalmente en esta peligrosa distincion y se apresuraron á dar la superioridad á sus partidarios. Sin considerar que todo cuanto habian sufrido podia ser una inevitable consecuencia de las circunstancias, lo atribuyeron á un premeditado designio de oprimirlos y lo consideraron como un efecto de la malicia y de la animosidad de sus adversarios.

«No obstante las rentas inmensas que debieron haberse recaudado de las tallas, de los

repartos, secuestros y *composiciones*, debíanse al ejército considerables atrasos, y algunos, tanto soldados como oficiales, tenían que re-

motivo plausible para dispersarlos. Veían ellos que la mayor parte de los miembros que habían sido empleados en las comisiones y en los



SEPULCRO DEL MARISCAL DE MONTMORENCY.

clamar cerca de un año de paga. Sospecharon que no era accidental esta morosidad, y que se trataba de ponerlos en la necesidad de acuartelarse á discrecion para que, haciéndose de esta manera odiosos á los pueblos, hubiese un

destinos civiles habían acumulado grandes riquezas, acusáronlos de rapiña; y no teniendo idea de que los comunes hubiesen adoptado medidas para hacer efectivo el pago de sus atrasos, temieron que una vez dispersos ó em-

barcados para Irlanda, sus enemigos, que dominaban en las dos cámaras, los privarían del todo de sus derechos y los oprimirían impunemente.

de que podían haberse hecho culpables los soldados durante la guerra, el pago de los atrasos, la exención del servicio forzoso, un alivio para las viudas y para los inválidos, y la sol-



EL DUQUE DE EPERNON CUMPLIENDO LA PENITENCIA EN LA IGLESIA DE COLTRÁS.

6. — Con este fundamento ó con este pretexto amotinóse el ejército diversas veces. Una petición dirigida al general Fairfax y por todas partes difundida, reclamaba el olvido, ratificado por el rey, de todos los actos ilegales

dada hasta el licenciamiento. Alarmáronse los comunes al recibir esta nueva, conociendo los elementos inflamables de que se componía el ejército: sabían que sino se refrenaba en su origen aquella trama podía tener las mas fata-

les consecuencias y sobrepondría prontamente el poder militar á la autoridad civil; y así no solamente hicieron que se presentasen algunos oficiales para responder de aquella temeridad, sino que declararon inmediatamente (día 30 de marzo) que la pretension militar tenia una tendencia á promover el desórden, á imponer la ley al Parlamento y á poner obstáculos á los socorros que se destinaban á Irlanda, y concluyeron con la amenaza de que tratarian á los que la favoreciesen como á enemigos del Estado y perturbadores del reposo público. Semejante declaracion, que pudo muy bien calificarse de violenta, especialmente en un tiempo en que las quejas del ejército no estaban desituidas de fundamento, produjo funestos resultados. Clamaron los soldados que se les despojaba de los privilegios de la nacion; que se les queria privar hasta del derecho de exponer los males que estaban sufriendo; que mientras eran favorablemente acogidas las peticiones del conde de Essex y otros contra el ejército, á ellos se les imponia el silencio, y que por una faccion del Parlamento los mismos á quienes la nacion era deudora de su libertad, se veian reducidos á la mas dura servidumbre.

Tal era la disposicion de las tropas á la llegada de Warwick, de Dacey, de Massey y de los otros comisarios nombrados para proponerles el servicio de Irlanda. En vez de oírles, sus palabras causaron indignacion; se pidió una amnistia, se reclamaron tumultuosamente los atrasos, y sin dar muestras de descontento de Skippon, á quien estaba destinado el mando, manifestaban mucho mas gusto en servir á Fairfax y á Cromwell. Trabajo les costó á algunos oficiales del partido presbiteriano, que se habian comprometido á ir á servir á Irlanda, reunir unos cuantos soldados; y todos los demás, viéndolos expuestos al odioso cargo de desercion y de traicion á la causa comun, permanecieron firmes en su liga secretamente formada.

Como las peticiones y representaciones son la via mas prudente que puede adoptar una faccion, mas de cien oficiales presentaron una

memoria al Parlamento, en la cual, haciendo su propia apologia, y con tono bastante imperioso, establecian su derecho de presentar peticiones, y se quejaban de las imputaciones que se les habian hecho por la cámara baja. Algunos regimientos, en una carta particular que en incorporacion escribieron á Skippon, unieron á los mismos argumentos quejas amargas por un proyecto formado contra ellos y contra otros muchos partidarios de la causa de Dios, y declararon que no se comprometerian en el servicio de Irlanda, antes de obtener la justa satisfaccion que pedian. El ejército, en una palabra, conocia sus propias fuerzas y estaba resuelto á imponer la ley.

No estaba menos resuelto el Parlamento á conservar su dominio, si le era posible; mas debilitadas sus fuerzas y su autoridad, no le era fácil encontrar un arbitrio conforme á sus miras. El que eligió fué precisamente el peor de todos los que se le hubieran podido presentar. Comisionó á Skippon, Cromwell, Ireton y Fleetwood para que fuesen al cuartel general de Saffron-Walden, en el condado de Essex, con autorizacion para hacer ofrecimientos al ejército, y examinar las causas de su destemplanza (7 de mayo). Estos oficiales, ó por lo menos los tres últimos, eran los mismos autores secretos del descontentamiento, y no dejaron de fomentar los desórdenes que se les encargaba apaciguar: sus instigaciones fueron causa de que se tomase un partido que, precipitando de repente las cosas á su término, hizo el mal incurable.

Fué esta el oponer un Parlamento militar al Parlamento de Westminster. Establecióse un consejo de oficiales superiores por el estilo de la cámara alta; y para representantes libres del cuerpo del ejército, se eligieron en cada compañía dos oficiales inferiores, ó bien dos soldados con el título de *agitadores*, así se encontró el medio de pagar tributo á la manía de la época, que era hacer planes imaginarios de república, y al mismo tiempo de abrirse un camino expedito para fomentar bajo cuerda la sedicion de las tropas.

Reunido este terrible tribunal, declaró des-

de luego que no habia *destemplanza* en el ejército, pero que reconocia en él algunas *dolencias*, causa de justos clamores, y falló que eran insuficientes las promesas del Parlamento, pues solo les prometia, dijeron, estos nuevos árbitros, los atrasos de ocho semanas de soldada; cosa bien pequeña comparada con las cincuenta y seis que al ejército se debian: en cuanto al resto ninguna seguridad ofrecia. Por otra parte, declaradas las tropas enemigas del Estado, y pudiendo en lo sucesivo ser perseguidas como tales, era preciso empezar por retractar aquella declaracion. Antes de que á este punto llegasen las cosas, Cromwell tomó la posta para Lóndres, bajo pretexto de ir á dar cuenta al Parlamento del descontento del ejército.

Hizo el Parlamento un vigoroso esfuerzo para restablecerse de nuevo en el lleno de su autoridad: mandó que todas las tropas que rehusasen alistarse para Irlanda fuesen inmediatamente disueltas: al mismo tiempo el consejo del ejército dispuso una convocacion general de todos los regimientos, para establecer el orden en sus comunes intereses; y mientras los oficiales se disponian de aquella manera á hacer cara al Parlamento, dieron otro golpe que decidió por ellos la victoria.

7.—Presentóse en Holdenby un cuerpo de quinientos caballos al mando de Joyce, sastre en otro tiempo, pero ascendido en la actualidad al grado de portaestandarte, y reconocido en el ejército por uno de sus mas activos agitadores. Joyce, sin oposicion ninguna de parte de la guardia del rey, la cual estaba en sus mismos intereses, penetró hasta la cámara de Carlos, se presentó á él armado de pistolas (dia 3 de junio), y le notició que era preciso partir al instante.—*¿Á dónde?* dijo el rey.—*Al ejército*, replicó Joyce.—*¿Por orden de quien?* preguntó Carlos: Joyce entonces le enseñó con la mano un grupo de ginetes arrogantes y bien equipados que habia llevado consigo.—*Vuestras órdenes*, le dijo Carlos sonriendo, *están escritas con muy grandes é inteligibles caractéres*. Los comisionados del Parlamento, que no se habian separado de

Holdenby, llegaron á la cámara, y preguntaron á Joyce si para obrar de aquella manera estaba autorizado por sus comitentes.—*No*, dijo Joyce. *¿Por el general?*—*Tampoco*. *¿Qué autoridad traia pues?* Lo mismo que al rey, les mostró á ellos sus ginetes. *Escribiremos al Parlamento*, le dijeron, *para saber sus intenciones*.—*Como gustéis*, contestó Joyce, *pero entretanto es preciso que el rey se venga conmigo*. Toda resistencia era inútil; Carlos, despues de haberlo dilatado cuanto pudo, subió á su carruaje, y fué conducido al ejército, el cual estaba en marcha en direccion de Triplo-Hearh, cerca de Cambridge. Este suceso, cuya noticia llegó al Parlamento por medio de sus comisionados, difundió en él la mayor consternacion.

El mismo Fairfax no pareció menos sorprendido con la llegada del rey: no se habia comunicado al general un golpe de mano tan atrevido; la orden fué puramente verbal y no se consultó con nadie. Mientras todos afectaban admiracion, Cromwell, que habia sugerido el plan, llegó á Lóndres y puso fin á las deliberaciones.

Este osado y diestro conspirador se condujo en el Parlamento con tanta reserva y disimulo, con tan refinada hipocresia, que llegó á engañar por mucho tiempo á aquellos mismos que, por su larga práctica en arterias análogas, debian parecer mas desconfiados. Á cada noticia que llegaba de los desórdenes del ejército se manifestaba transportado de cólera y de dolor, lloraba amargamente, deploraba los infortunios de su patria, proponia los mas violentos remedios para refrenar la indisciplina del soldado; y con sus precipitados consejos, que no dejaban duda alguna de su buena fe, suscitaba descontentos de que despues habia de sacar partido. Ponia por testigos al cielo y á la tierra de que su celo por el Parlamento le habia hecho tan odioso al ejército, que su vida estaba allí en peligro, y de que solo á duras penas habia conseguido ponerse á cubierto de un plan tramado para asesinarle; mas habiendo la cámara recibido la noticia de que los oficiales mas exaltados y los mas celosos

agitadores eran amigos suyos y sus hechuras, los caudillos parlamentarios tomaron secretamente la resolución de presentar contra él una acusación así que entrase en la cámara, y de hacerle conducir á la Torre; pero Cromwell, acostumbrado en sus desesperadas empresas á verse á menudo en la orilla del precipicio, sabía trocar su posición con tanta habilidad como audacia. Sus confidentes le dieron aviso del designio: y él partió inmediatamente al campamento, donde fué recibido con aclamaciones de júbilo, é investido al momento con el mando supremo del ejército.

Fairfax que carecía de talento para la intriga y de penetración para descubrir las que los otros urdían, puso su entera confianza en Cromwell, quien, con los pretextos mejor disfrazados y con apariencias de franqueza y de conciencia escrupulosa, dominaba en el sencillo carácter de aquel valiente y virtuoso oficial. El consejo militar no obedecía más que á las inspiraciones de Cromwell, ni servía para otra cosa que para transmitir su voluntad á todo el ejército. Merced á la conducta reservada y artificiosa, veíase este en una situación que le permitía ocultar al público aun mejor sus planes; y fingiendo obedecer las órdenes de su superior, ó ceder á los movimientos de los soldados, podía abrirse secretamente el camino de su futura grandeza. Mientras los desórdenes del ejército estaban en su principio, permaneció como desviado por el temor de sofocarlos con su fingida aversión, ó de escitar las sospechas del Parlamento alentándolos en secreto; pero tan luego como los creyó llegados á su sazón y madurez, juntó abiertamente las tropas, y en este momento crítico dió el golpe importante de apoderarse de la persona del rey, y de privar al Parlamento de todo recurso para celebrar una transacción con aquel desgraciado príncipe. Al despojarse de su primer disfraz, conservaba otro para ocultar su verdadera fisonomía. Cuando la dilación era necesaria sabía imponerse la más infatigable paciencia: si se requería prontitud, nadie le igualaba en actividad y arrojo. Esta reunión de las más opuestas cualidades

le hacía capaz de asociar los intereses más opuestos para convertirlos juntos al logro de sus secretas miras.

8. — Aunque privado de defensa en la actualidad, poseía el Parlamento numerosos recursos, y podía con el tiempo ponerse en estado de resistir á la violencia con que se le amenazaba. No lo ignoraba Cromwell y en forma de deliberación hizo marchar el ejército hacia Londres, y en pocos días acampó en Saint Albans.

Nada más agradable para el pueblo que estas apariencias de hostilidad contra el Parlamento. Tanto como lo había sido de su adoración, llegó esta asamblea á ser para él un objeto de odio.

El decreto de renunciamento no tuvo ejecución sino hasta la retirada de Essex, de Manchester, de Waller, y de otros oficiales á quienes se había querido quitar de enmedio. Apenas despacharon estos sus comisiones, se le dejó en olvido por un tácito consentimiento; y los miembros repartiéndose todos los empleos que daban autoridad ó provecho, se dieron impunemente á saquear y tiranizar la nación. Aun cuando pudiese en su situación disculpar la necesidad algunas de sus medidas, el pueblo, que no estaba acostumbrado á semejante clase de gobierno, se halló poco dispuesto para sufrirlo.

No sin trabajo habían conseguido los reyes precedentes que los comunes, con su carácter receloso, les prestasen un pequeño socorro de 100,000 libras esterlinas anuales. De todas las naciones de Europa, la inglesa era la menos acostumbrada á los impuestos; pero aquel Parlamento, desde el principio de la guerra, había exigido en cinco años, según algunos autores, más de 40.000,000, y no por eso dejaba de verse abrumada de deudas y empeños que parecían entonces prodigiosos. Aun dado que en este cálculo haya mucha exageración, parece indudable que las tallas y contribuciones eran incomparablemente mayores que en ningún otro tiempo, y estas exageraciones populares deben por lo menos mirarse como una prueba del público descontento.

No suscitaba menos quejas y reclamaciones la distribucion de aquellas sumas, que la indiscrecion con que se recaudaban. Se asegura que la Cámara Baja echó mano abiertamente de una suma de 300,000 libras esterlinas, que se repartió entre sus miembros. Los comisionados, á quienes estaba confiada la administracion de varios ramos de hacienda, jamás dieron cuenta de ellos, y consiguieron autorizacion para extraer del tesoro público cuantas sumas juzgasen necesarias. Los ramos y departamentos de la hacienda se habian multiplicado inútilmente para que los cobros

objetos de primera necesidad. Casi la mitad de los bienes y de los ganados, y la mitad por lo menos de las tierras, y de sus rentas y productos, fueron secuestrados por este medio. Para hacer estos secuestros no se solia guardar consideracion alguna ni término con la mayor parte de los realistas; y los demás solo las alcanzaban pagando onerosas contribuciones; y sometiénndose al *convenant* que aborrecian. Además de la compasion que escitaba la ruina y la disolucion de un gran número de antiguas y respetables familias, no podian menos de desaprobador los mas indiferentes espectadores



LA SEÑORITA DE HAUTEFORT, AMIGA DE LUIS XIII.

fuésen mas misteriosos y oscuros, y pudiesen entrar mas personas en la reparticion, con facilidad de disfrazar los robos que todo el mundo sospechaba.

El método de contabilidad establecido en el *exchequer* era el mas exacto, mas antiguo y mejor conocido, y por consiguiente, el menos sujeto á fraudes. Por lo tanto se abolió el *exchequer* y se abandonó la hacienda á la administracion de una junta que no estaba sujeta á inspeccion alguna.

La *excisa* (*excise*) era un impuesto odioso, desconocido en otro tiempo y que comprendia en la actualidad á los mismos comestibles y

la injusticia de castigar tan severamente acciones que la ley, en su interpretacion mas ordinaria y constante, exigia con estrechez de todo ciudadano.

Imposible era que los rigores ejercidos contra el clero episcopal no disgustasen en gran manera á los realistas, y aun á todas las gentes de buena fe. Segun el mas moderado cálculo, aparece que mas de la mitad de la antigua Iglesia estaba reducida á la mendicidad, sin mas crimen que su adhesion á los principios civiles y religiosos en que cada cual habia sido educado, y á aquellas mismas leyes á cuya sombra abrazaron su profesion. El

único medio de preservarse de una suerte tan triste, era firmar el *convenant*, y abjurar el episcopado y la liturgia; y ni aun esta misma eleccion era permitida si se traslucia el menor indicio de lo que entonces llamaban *malignidad* ó afecto al rey, que tan tiernamente amaba el clero. El carácter sagrado que da tanto peso al sacerdocio, mas venerable aun con los padecimientos que atraía sobre los desgraciados realistas la fidelidad á sus principios, acrecia la indignacion contra sus perseguidores.

Pero lo que mas generales y mas amargas quejas causaba, era la tiranía sin límites y la despótica administracion de las juntas provinciales. Durante la guerra, el poder discrecional de estos tribunales tuvo por excusa la necesidad; pero la nacion se desesperaba al ver que su duracion no tenia término ni límite su autoridad. Érales permitido secuestrar los bienes, imponer multas, prisiones, penas afflictivas sin apelacion y recurso; entremetíanse en las cuestiones de propiedad; bajo pretexto de castigar la *malignidad*, ejercian la venganza contra sus enemigos particulares; hacian venal su proteccion á los culpables y aun á veces á los inocentes. Finalmente, en lugar de una cámara estrellada que se habia abolido, existian otras ciento de nueva creacion, provistas de mejores pretextos y armadas de un poder aun mas ilimitado.

En tan miserable situacion, si algo hubiera podido aumentar la indignacion contra la esclavitud á que redujo á Inglaterra su desmedida pasion á la libertad, hubiera sido sin duda el considerar por que especie de pretensiones se habia visto burlado el pueblo tanto tiempo. Aquellos santificados hipócritas que daban á sus públicas rapiñas el nombre de *despojos de los egipcios*, y á sus tiránicas violencias el de *dominacion de los elegidos*, mezclaban á sus iniquidades, oraciones fervientes y prolijas, disimulaban su desvergüenza con zalamerías de devocion, y se armaban con el nombre de Dios para ejercer su crueldad sobre los hombres. Una violencia franca y declarada hubiera quizá podido perdonarse; pero

insultar al comun seso con semejante audacia, abusar de la religion hasta ese exceso era lo que hacia subir de punto la indignacion entre los que no vivian engañados por aquella máscara infernal.

Viéndose perdido el Parlamento en la opinion del pueblo, y amenazado de cerca por un ejército poderoso, sufría las congojas de la desesperacion, y buscaba en vano recursos iguales al daño presente. Lóndres conservaba aun mucho apego al presbiterianismo; y su numerosa milicia, cuya reputacion habia aumentado con las últimas guerras, fué puesta por un reciente decreto en manos de las cuales podia el Parlamento tener plena confianza. Convocáronla para custodiar la línea que se dispuso al rededor de la ciudad cuando se acercó el rey con sus tropas; dióse orden para formar prontamente un cuerpo de caballería; muchos oficiales que habian quedado excedentes por la nueva planta del ejército, ofrecieron sus servicios á las dos Cámaras. El general Pointz, austero presbiteriano, mandaba un cuerpo de 5,000 hombres en el norte, pero la distancia impedia echar mano de él en caso tan urgente. Las fuerzas destinadas á Irlanda estaban acuarteladas en el oeste, y, aunque reputadas fieles al Parlamento, se hallaban tambien distantes. Muchas guarniciones del interior del reino tenian por jefes á oficiales del mismo partido, pero de tropas tan desparramadas no podia esperarse un auxilio inmediato. Los escoceses eran amigos fieles y siempre celosos por el *convenant*; mas ¡cuánto tiempo no habian menester para reunirse y marchar al socorro del Parlamento!

Consideróse que en semejante situacion la prudencia obligaba á someterse, y á conjurar el furor del ejército con una pronta complacencia. La declaracion que señaló como enemigos públicos á los autores de la peticion militar, fué al punto revocada y borrada del diario de la Cámara Baja (8 de junio). Aquella fué la primera muestra de sumision que dió el Parlamento; y el ejército, esperanzado de poder obtenerlo todo con el terror de las armas, tomó el partido de detenerse en Saint

Albans y entrar en negociaciones con sus señores.

Aquí comenzaron las usurpaciones del ejército sobre la autoridad civil. En esta empresa no hizo el ejército mas que copiar exactamente el modelo que le habia trazado el Parlamento en sus recientes usurpaciones sobre la corona.

Las exigencias aumentaban por dias. Apenas se habia concedido una pretension, cuando la seguia otra mas exorbitante; parecia cosa resuelta no estar nunca contento. En un principio solo pedian las tropas el derecho de elevar peticiones que les correspondia en calidad de soldados; quisieron despues una satisfaccion para su honor, y en seguida exigieron que fuesen castigados sus adversarios. Por último, aspiraron al derecho de dirigir el gobierno del reino y la suerte de la nacion.

Conservóse en los términos todo lo que era deferencia y respeto; pero aquellos términos solo eran en el fondo una tiranía y verdaderos insultos. No era á la asamblea del Parlamento á quien queria acusar el ejército; su intencion solo comprendia á los malos consejeros por los cuales se habia dejado seducir. (16 de julio).

Se enardeció hasta el punto de nombrar once miembros, á los cuales acusó de alta traicion, ó á lo menos les dió dictados equivalentes, tales, como los de enemigos del ejército y de malos consejeros del Parlamento. Eran estos Hollis, sir Felipe Stapleton, sir Guillermo Lewis, sir Juan Clotworthy, sir Guillermo Waller, sir Juan Maynar, Massey Glyn, Long, Harley y Nicholas, jefes todos del partido presbiteriano.

Pidió el ejército que todos estos miembros fuesen inmediatamente espulsados de la Cámara, y conducidos presos á la Torre. En vano respondieron los comunes, que no podia procederse á tanto por una acusacion general; el ejército les hizo observar que el caso del conde Strafford y el de Laud, eran precedentes que sin escrúpulo podian seguir. Al fin, con el objeto de prevenir la discordia, los once miembros pidieron por sí mismos la libertad de abandonar la Cámara, y el ejército pareció á

primera vista satisfecho con esta muestra de sumision.

Pero pretendiendo despues que se proponia el Parlamento declarar la guerra á la tropa, y volver á sumergir á la nacion en sangre, y en el desórden, pidió que se interrumpiesen todas las quintas recientes, no atreviéndose el Parlamento á rehusarles esta peticion. Entonces, como no aparecia señal alguna de resistencia, con el fin de salvar las apariencias, levantó el ejército el campo á la súplica del Parlamento, para retirarse mas lejos de Lóndres, y fijó su cuartel general en Reading. En todas estas marchas se habia hecho acompañar por el rey.

La situacion de este príncipe se habia hecho mas llevadera que en el castillo de Holdenby. No solamente estaba mas libre, sino que parecia mas considerado de ambos partidos. No se le rehusaba ya la libertad de ver á sus amigos; no se le interrumpia su correspondencia con la reina: volviéronse sus ordinarios capellanes, y el uso de la liturgia anglicana. Permittióse asimismo á sus hijos que le visitasen, y que pasasen algunos dias en Caversham, donde á la sazón residia. Desde que habia abandonado á Lóndres al comenzar las revueltas civiles no habia visto al duque de Glosester, su hijo menor, ni á la princesa Isabel, ni al duque de York desde que se habia reunido al ejército escocés delante de Newark. Un particular que no hubiese conocido jamás los placeres de la corte, ni el tumulto de los campamentos no habria amado á su familia con mas ternura que aquel excelente monarca, y la indulgencia del ejército sobre ese punto le llenó de reconocimiento. Cromwell, que fué testigo de la primera entrevista de la familia real, confesó, que jamás habia visto una escena tan tierna, y habló con admiracion de la bondad que respiraba la persona toda de Cárlos.

Este artificioso político y los jefes de todos los partidos hicieron la corte al rey asiduamente. Despues de tan desgraciadas revoluciones aun parecia sonreírle la fortuna. El Parlamento que tenia toda avenencia entre él y el ejército, volvió á un tono mas respe-

tuoso que antes, propúsole que tomara por residencia á Richemond, y aun le invitó á que concurriese por medio de su asistencia á restablecer el orden en el Estado. Todos los oficiales superiores le tributaron lo que debian á la majestad real, y hablaron abiertamente de restablecerle en sus justas prerogativas: se insistia en las públicas declaraciones del ejército sobre la restitution de sus rentas y autoridad. Por todas partes comenzaron los realistas á concebir la esperanza de ver realizada la monarquía, y la disposicion que demostra-

sion, las convulsiones: el rey esperaba que esta escena de confusion, que no podia subsistir largo tiempo, haria á los súbditos echar de menos aquel antiguo gobierno, bajo el cual ellos y sus abuelos habian por largo tiempo gozado de una tranquila felicidad.

Aun cuando estuviese Cárlos dispuesto á oír todas las proposiciones é intentase mantener en equilibrio la balanza entre los opuestos partidos, tenia sin embargo mas esperanza de reconciliarse con el ejército que con los comunes, cuyo extremo rigor habia esperimen-



SEÑORITA LA FAYETTE, AMIGA DE LUIS XIII.

ron de favorecer al ejército contribuyó en gran manera á desanimar al Parlamento, y aceleró su sumision.

Muy pronto comenzó Cárlos á conocer su importancia en el Estado; cuanto mas vió aumentarse los desórdenes, mas se afirmaba en que al fin habian de verse obligados todos los partidos á recurrir á su legítima autoridad, como el único remedio que pudiera oponerse á las desavenencias públicas. «No podríais existir sin mí,» decia en muchas ocasiones; «jamás alcanzaríais el restablecimiento del orden, si yo no os ayudase.» Un pueblo sin gobierno y sin libertad, un Parlamento desautorizado, un ejército sin jefe legítimo, los desórdenes por doquiera, los terrores, la opre-

tado. Habian ellos pretendido aniquilar enteramente su autoridad; habianle encerrado en una prision: por lo que hace á estos dos puntos, á lo menos se habia mostrado el gobierno mas indulgente. Á ninguno de sus amigos se le prohibia verle; y en las proposiciones que le habia enviado el consejo de los oficiales para regularizar la suerte de la nacion, no habian insistido sobre la abolicion del episcopado, ni sobre el castigo de los realistas que eran los dos puntos por los que sentia Cárlos mas repugnancia. Parecia que deseaban que finalizase el Parlamento actual, y este era de todos los acontecimientos el que mas impacientemente anhelaba el rey.

Por otra parte parecía mas natural su

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

The University of Chicago is a leading center of research and learning in the United States. It is committed to the highest standards of academic excellence and to the advancement of knowledge in all fields of inquiry. The university's faculty and students are engaged in a wide range of scholarly activities, from basic research to applied studies, and from the natural sciences to the humanities. The university's commitment to excellence is reflected in its high standards of admission, its rigorous curriculum, and its commitment to the highest standards of scholarship.

ADMISSIONS

The University of Chicago is a leading center of research and learning in the United States. It is committed to the highest standards of academic excellence and to the advancement of knowledge in all fields of inquiry. The university's faculty and students are engaged in a wide range of scholarly activities, from basic research to applied studies, and from the natural sciences to the humanities. The university's commitment to excellence is reflected in its high standards of admission, its rigorous curriculum, and its commitment to the highest standards of scholarship.

PHILOSOPHY

The University of Chicago is a leading center of research and learning in the United States. It is committed to the highest standards of academic excellence and to the advancement of knowledge in all fields of inquiry. The university's faculty and students are engaged in a wide range of scholarly activities, from basic research to applied studies, and from the natural sciences to the humanities. The university's commitment to excellence is reflected in its high standards of admission, its rigorous curriculum, and its commitment to the highest standards of scholarship.

UNIVERSITY OF CHICAGO

The University of Chicago is a leading center of research and learning in the United States. It is committed to the highest standards of academic excellence and to the advancement of knowledge in all fields of inquiry. The university's faculty and students are engaged in a wide range of scholarly activities, from basic research to applied studies, and from the natural sciences to the humanities. The university's commitment to excellence is reflected in its high standards of admission, its rigorous curriculum, and its commitment to the highest standards of scholarship.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

The University of Chicago is a leading center of research and learning in the United States. It is committed to the highest standards of academic excellence and to the advancement of knowledge in all fields of inquiry. The university's faculty and students are engaged in a wide range of scholarly activities, from basic research to applied studies, and from the natural sciences to the humanities. The university's commitment to excellence is reflected in its high standards of admission, its rigorous curriculum, and its commitment to the highest standards of scholarship.

UNIVERSITY OF CHICAGO

The University of Chicago is a leading center of research and learning in the United States. It is committed to the highest standards of academic excellence and to the advancement of knowledge in all fields of inquiry. The university's faculty and students are engaged in a wide range of scholarly activities, from basic research to applied studies, and from the natural sciences to the humanities. The university's commitment to excellence is reflected in its high standards of admission, its rigorous curriculum, and its commitment to the highest standards of scholarship.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, producción estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Salen cuatro entregas semanales á medio real una. A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas salidas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

GALERIA CATOLICA.

Coleccion de litografias representando las principales escenas de la vida de Jesucristo, de su Santísima Madre, de la Iglesia católica y de los Santos: con texto explicativo y doctrinal al dorso de cada lámina por los reverendos P. M. Fr. José María Rodríguez, General de la Orden de la Merced; D. Eduardo María Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la Concepcion de Nuestra Señora, en Barcelona; y D. José Ildelfonso Gatell, Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona). Monumento elevado á nuestro Santísimo Padre Pio IX, Papa reinante, y dedicado á los excelentes é ilustrísimos señores Arzobispos y Obispos de España. Con aprobacion del Ordinario.

Agotada la primera edicion de tan útil como lujosa obra, hemos emprendido una segunda, deseosos de complacer á las muchas personas que nos han indicado apetecian poseerla.—La obra constará de cuatro tomos divididos en cuarenta y nueve entregas á 5 rs. una, y que á instancia de varios suscritores se reparten dos mensuales, logrando de este modo abreviar su duracion.—Los señores que gusten suscribirse y enterarse de la importancia de esta obra, podrán convenirse de ella con las doce entregas que llevamos ya reimprimas; las que están de muestra en esta casa editorial y en la de todos sus corresponsales.

PIO IX.

Historia documentada de su vida y de los veinte y cinco primeros años de su glorioso pontificado, con un razonado juicio de los acontecimientos religiosos, políticos y sociales de la época, relacionados con el catolicismo, y un exámen detenido de las tres situaciones del mundo, correspondientes al nacimiento de este gran Pontífice, á su elevacion á la Sede romana y á la invasion de la capital de la cristiandad. Obra escrita por los reverendos D. Eduardo María Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la concepcion y Asuncion de Nuestra Señora en Barcelona, y D. Emilio Moreno Cebada, doctor en sagrada Teología: ambos examinadores sinodales de varias diócesis, y autores de algunas obras religiosas y científicas.—Espléndida edicion ilustrada con preciosas láminas grabadas sobre boj representando los asuntos tratados en la obra.

Dos abultados tomos en 4.º mayor, con 26 magníficas láminas, á 100 rs. en rústica y 120 en pasta.—Tambien se servirá por entregas, dejando á voluntad de los suscritores el tomar semanalmente las que gusten de las 96 de que consta la obra, y cuyo precio es de un real la entrega en toda España.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso por D. Rafael del Castillo.

Se reparte por ahora una entrega mensual á 5 rs. una; facultando asimismo á los señores que gusten suscribirse para adquirir á su comodidad las entregas publicadas.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj, representando los principales asuntos de la obra. Su precio es el de 67 rs. en rústica y 78 en pasta.— Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real cada una en toda España.

ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de La Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Sale cada sábado un número de 12 páginas en folio de esmerada impresion y excelente papel, cual exige la importancia de esta publicacion, adornado con preciosas láminas, intercaladas en el texto.—Los números que contengan *Mapa* solo constarán de 8 páginas.—En cada número se dan á mas 8 páginas gratis de *Cartas de los Misioneros de ambos mundos*, en continuacion de las que se publicaban en la *Revista católica*, y de forma que puedan encuadernarse por separado, encontrándose los señores suscritores con dos tomos al año, á cual mas interesante. El precio de la suscripcion es el de 14 rs. trimestre; 26 semestre; y 48 por un año en toda la Peninsula. En Cuba y Puerto Rico á 17, 32 y 60 relativamente; y á 20, 38 y 72 en Filipinas y Extranjero.—Números sueltos á real y medio.—Los trimestres empiezan en enero, abril, julio y octubre.